

**“LA MAYORDOMÍA DE LOS HIJOS”
(SALMO 127:1-5)**

**(Domingo 25 de octubre de 2015)
(No. 613)**

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)



***“Si Jehová no edificare la casa, En vano trabajan los que la edifican; Si Jehová no guardare la ciudad, En vano vela la guardia. Por demás es que os levantéis de madrugada, y vayáis tarde a reposar, Y que comáis pan de dolores; Pues que a su amado dará Dios el sueño. He aquí, herencia de Jehová son los hijos; Cosa de estima el fruto del vientre. Como saetas en mano del valiente, Así son los hijos habidos en la juventud. Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos; No será avergonzado Cuando hablare con los enemigos en la puerta”
(Salmo 127:1-5)***

El salmo 127 es uno de los quince salmos conocidos como cánticos graduales. Desde el salmo 120 hasta el 134 eran los cantos que los peregrinos entonaban por el camino al ir a Jerusalén a alguna de las fiestas nacionales.



Pero este salmo es especial porque contiene dos características particulares: (1) No sabemos por quien fue escrito pero es el único cántico gradual que tiene dedicatoria: Para Salomón. (2) Es muy posible que fuera escrito cuando Salomón era adolescente o joven.

Recordemos que Salomón tendría entre diecinueve y veinte años cuando su padre David falleció. Por esto, es muy interesante observar que a un joven se le dan estos consejos que más bien parecen ser dirigidos hacia adultos que ya son padres de familia. Así que haremos bien si lo aplicamos todos a nuestra vida seamos padres o hijos.

Una de las enseñanzas de la Palabra de Dios es que ÉL es el Creador y por tanto, Dueño de todas las personas que existimos. El salmista afirma: **“De Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan” (Salmo 24:1)**. Los grandes hombres de Dios como Moisés nos enseñan que Dios es **“... Dios de los espíritus de toda carne...” (Números 27:16)**. Y el mismo Señor a través del profeta Jeremías nos instruye diciendo: **“He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne; ¿Habrà algo que sea difícil para mí? (Jeremías 32:27)**.

Así que todas las personas le pertenecen a Dios por derecho de creación. Dios es el que nos ha creado. Como bien lo afirma el salmista: **“Reconoced que Jehová es Dios; ÉL nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos...” (Salmo 100:3)**.

En el Nuevo Testamento también hallamos esta enseñanza en los labios del apóstol Pablo: “... **pues ÉL es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra...**” (Hechos 17:25-26).

Entonces, a la luz de estas enseñanzas bíblicas, debemos concluir que también nuestros hijos le pertenecen a Dios por su derecho de creación y señorío. Los hijos que ÉL nos ha dado no son nuestros, son de Dios y ÉL los ha puesto en nuestras manos para que nosotros seamos buenos administradores de esas vidas.

¡Cómo quisiéramos que nuestros hijos fueran los mejores y enteramente preparados para sus propias responsabilidades con Dios y sus semejantes!

Pero lo cierto es que ellos reflejarán la huella indeleble que nosotros dejemos en sus vidas a través de nuestra responsabilidad paternal. Lo que hicimos o dejamos de hacer se hará evidente en ellos invariablemente.

Nuestro pasaje nos enseña la mejor manera de cumplir esta importantísima responsabilidad, la de criar a nuestros hijos. De la forma en que cumplamos esta mayordomía daremos cuenta ante nuestro Dios inminentemente.



1. Tome muy en cuenta a Dios.

Mire las palabras con las cuales inicia este salmo: “**Si Jehová no edificare la casa, En vano trabajan los que la edifican; Si Jehová no guardare la ciudad, En vano vela la guardia. Por demás es que os levantéis de madrugada, y vayáis tarde a reposar, Y que comáis pan de dolores; Pues que a su amado dará Dios el sueño**” (Salmo 127:1-2)

Cuando habla aquí de edificar la casa, no se trata de construir materialmente una vivienda, sino establecer espiritualmente una familia.

Los hijos son para los padres, si se me permite la expresión, su obra maestra. Ellos reflejarán indudablemente el carácter, la imagen y semejanza de sus padres. Las huellas y las marcas que dejemos impresas en nuestros hijos las llevarán por toda su vida.

Por esto, fundamentar bien su carácter y conducta es inútil si Dios no está en ello.

“Vano”, es el término exacto para definir todo aquello que el hombre emprenda sin tomar en cuenta

a Dios. Una familia sin Dios nunca experimentará todas las bendiciones que ÉL tiene preparadas en forma muy especial. Una familia es cristiana cuando Cristo vive allí. Y en su autoridad y poder están confiadas las vidas y todas las cosas que conciernen a nuestro hogar.

¡Cuánto bien se experimenta cuando Cristo reina en la familia! Porque en las manos de Dios está ese secreto que hace que haya armonía, gozo, paz, amor, y todas las virtudes buenas y maravillosas que muchos anhelan tener.

¡Y esto es posible cuando permitimos que Dios esté a cargo de nuestro hogar!

Los padres deben orar por sus hijos cada día y pedir el favor de Dios para ellos.

La Biblia nos cuenta acerca de Manoa, el padre de Sansón. Él preguntó al Señor como educar a su hijo: “**Entonces Manoa dijo: Cuando tus palabras se cumplan, ¿Cómo debe ser la manera de vivir del niño, y que debemos hacer con él?**” (Jueces 13:12).

Así debemos hacer nosotros también. No somos padres por consecuencia. Necesitamos aprender a ser buenos padres y solo el Señor puede enseñarnos en forma completa y perfecta.



Cuando el Señor confió a su Hijo a unos padres inexpertos como José y María, esperaba que ellos respondieran positivamente al desafío. La responsabilidad de ellos no es mayor que la nuestra. Nuestro Dios es Padre Celestial y al serlo es Padre por excelencia, como tal es el mejor de los padres y ÉL puede instruirnos. Acudamos a ÉL.

El sacerdocio paternal incluye especialmente el ministerio de la oración. La Biblia nos cuenta de Job, el patriarca, y como él oraba y hacía sacrificios a favor de sus hijos: **“Y acontecía que habiendo pasado en turno los días del convite, Job enviaba y los santificaba, y se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos. Porque decía Job: Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones. De esta manera hacía todos los días” (Job 1:5).** Su ejemplo como padre es digno de seguir.



2. Tenga a sus hijos en muy alta estima.

Vea lo que sigue diciendo el Señor: **“He aquí, herencia de Jehová son los hijos; Cosa de estima el fruto del vientre” (Salmo 127:3).**

Llama la atención que el salmista llama a los hijos herencia de Jehová y cosa de estima. Otras versiones dicen: **“Los hijos que nos nacen son ricas bendiciones del Señor”** (Dios Habla Hoy). **“He aquí, don del SEÑOR son los hijos; y recompensa es el fruto del vientre”** (La Biblia de las Américas)

Todo esto nos hace ver cuán importantes son nuestros hijos para el mismo Dios y si así es, con mayor razón deben ser muy estimables a nuestros ojos.

Nosotros hemos de procurar su bienestar espiritual, emocional, material y moral.

Si no lo estamos haciendo así, es necesario hacer un alto en nuestro camino y volver el rostro hacia Dios y pedir humildemente su valiosa ayuda.

Pareciera fuera de lugar que se pida a los padres el tener a sus hijos en alta estima. Por lógica, se sobreentiende que los padres aman a sus hijos por naturaleza, pero no siempre es así.

A menudo nos tropezamos con noticias en el periódico de algún padre o alguna madre que asesina a sus hijos pequeños.

En el Diario de Juárez, el 09 de septiembre de 2008, apareció la nota donde una joven madre de veintiocho años metió a su hijita pequeña de tan solo un mes de nacida al microondas y la quemó tan solo porque había discutido con su pareja sobre la paternidad de la criatura. Cuando el novio se retiró, ella se alcoholizó y en un arranque de rabia cometió ese crimen tan abominable.

Y como ése, hay muchísimos casos más, de padres sin amor que cometen actos deshumanizados.

Por esto, tiene mucha razón el ángel Gabriel que hablaba con Zacarías, el padre de Juan el Bautista y le decía acerca del ministerio que éste había de ejercer: **“E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lucas 1:17).** ¿Lo notó usted? Dice que hará volver los corazones de los padres a los hijos. No dice que de los hijos a los padres, sino de los padres hacia los hijos, porque hoy, más que nunca, se necesita más amor paternal.



3. Trabaje duro en la educación y formación de sus hijos.

Observe el versículo cuatro: **“Como saetas en mano del valiente, Así son los hijos habidos en la juventud” (Salmo 127:4).**

Me llama mucho la atención que el salmista compare a los hijos como saetas, es decir, flechas. Y esto nos da dos enseñanzas al menos: (1) Que hay un tiempo en que nosotros les podemos dirigir. (2) Una vez que han salido es imposible dirigirles.

Cabe entonces una pregunta: ¿Hacia dónde estamos dirigiendo a nuestros hijos?

En la vida moderna hay muchos peligros, nuestros jóvenes están asediados por el mal, por el pecado, por la tentación. Cada vez es más fácil degenerar la vida. Hay muchos que acechan a nuestros hijos a fin de devorarlos. Podemos decir, por la tecnología de hoy que nuestros hijos, sobre todo adolescentes, están a un click de caer en un abismo del cual no podrán salir y si llegan a hacerlo será con un alma, un espíritu y un cuerpo hechos girones.

Me llama la atención que el Iceberg contra el que chocó el Titanic el 14 de abril de 1912, era una montaña de hielo que sólo asomaba el 10 % de su masa total. Así, muchos se ocultan en las penumbras del pecado para atrapar a nuestros hijos.

¿Cómo estamos edificando a nuestros hijos? ¿Qué tanto les estamos enseñando acerca de los valores espirituales? ¿Son nuestros hijos enteramente cristianos?



4. Haga que sus hijos sean su motivo de orgullo.

Finaliza nuestro salmo: ***“Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos; No será avergonzado Cuando hablare con los enemigos en la puerta” (Salmo 127:5).***

De este versículo quiero resaltar que los buenos padres serán bienaventurados y sobre todo, no serán avergonzados.

La idea general es que lo que hagan los padres sufrirán las consecuencias los hijos; pero hablando de repercusiones, éstas son tanto en orden descendente como ascendente. Dependiendo del comportamiento de los hijos, los padres sentirán vergüenza o henchirán su corazón de una inmensa satisfacción.

Para tener esa anhelada complacencia es necesario trabajar duro en la formación espiritual, moral, emocional y física de nuestros hijos. ¡El Señor nos conceda cumplir cabalmente con esta gran mayordomía!

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela.

RINCÓN PASTORAL:

“ERRORES PATERNALES”

Un error muy común que cometen los padres es cuando uno de ellos se confabula con el hijo para engañar al otro. Rebeca, se alió con su hijo Jacob para engañar a su anciano padre Isaac a fin de obtener su bendición. Estos dos malandrines se unieron y le tomaron el pelo al pobre de Isaac engañándolo por los cinco sentidos. (1) Engañaron su sentido de la vista pues estaba ciego (Génesis 27:1). (2) Engañaron su sentido del tacto porque simularon vello en manos y parte del cuello de Jacob con pieles de cabritos (Génesis 27:16). (3) Engañaron su sentido del oído porque Jacob dijo que era Esaú (Génesis 27:24). (4) Engañaron su sentido de gusto al prepararle un guisado como a Isaac le gustaba (Génesis 27:25). (5) Engañaron su sentido del olfato vistiendo a Jacob con ropas de Esaú (Génesis 27:27).

***“Mucho se alegrará el padre del justo, Y el que engendra sabio se gozará con él.
Alégrense tu padre y tu madre, Y gócese la que te dio a luz”
(Proverbios 23:24-25)***